



MEMORIAS LIBERTINAS DE LA BELLA ENCARNA

(XXVI)

Entré en el saloncito donde madame Lisieux consultaba la bola mágica, con los pies metidos casi en el volcancillo del orujo y los sesos y las orejas protegidos por un pañuelo de pitonisa. Me senté ante la bola y la dije, muy correcta:

—Quiero tener un hijo. Con un padre inteligente y fuerte.

Madame Lisieux ejerció su poder magnético sobre la bola y empezó a estremeecerse por suaves sacudidas mientras un hilillo de baba le salía por la comisura izquierda de los labios.

—Veo en tu vida a un anciano deportista y sabio. No hagas caso de su ancianidad. Es un brioso corcel. Os encontraréis en Amberes en mil novecientos veinte, durante las Olimpiadas. El nombre del caballero es el barón Pierre de Coubertin.

—¿El de la gimnasia? ¡Pero si es un vejstorio!

—La bola dice que está hecho un caballo percherón. Además, lo importante es competir. ¡El siguiente! Son cien pesetas.

—¡La zorra gabacha! —le tiré las cien pesetas a la cara y salí con un contoneo nalgático que no veas. Cuando llegué a la altura de Ortega, le dije:

—Metafísico, oye, no entres, que esta tía es una estafa.

Ortega me miró con ojos entusiasmados.

—¡Corzas y achuladas! ¡Como a mí me gustan! Oye, sibila bombónida, ¿me quieres dar clases particulares,

que estoy escribiendo una teoría sobre el amor?

—Lo que te voy a dar es morcilla, macaco.

—¿Dónde vas con tu polisión de nardos? ¿Dónde vas con ese andar moreno?

—Voy a donde me sale del onto y a tomarme el pisco-labis de las seis.

—¿Y si a mí no me diese la gana de que fueras por ahí de cartel?

—Pues me iría a cardar la lana y a los toros de Carabanchel.

—¿Sí, eh?

—Sí.

—¿Sí, eh?

—Sí.

—¡Pues eso ahora mismo lo vamos a ver!

Y se me echa encima el metafísico con un tomo de las obras completas de Dilthey, con la intención de darme en la cabeza. Yo le paro el libro y le dejo en mitad de la calva el espectro sangriento de mi sombrilla. Me fui corriendo, y al correr de los años he pensado si aquel golpe no frustró la prometedora carrera del metafísico. Creo que desde entonces Ortega y Gasset ya no hizo nada bueno. Me lo confirmó Heidegger en un fin de semana loco que nos corrimos en 1956 en plena Selva Negra.

—Nada de nada. Pepe no hizo nada de nada. Yo venga decirle: antes de morir, no seas tonto y redacta una metafísica o deja un sistema al menos. Nada. Un intuitivo. Los españoles no tendréis nunca remedio.

VARIAS horas después de haberme acostado, a pesar de que estuve haciendo alpinismo y volví molido, aún me debatía; o sea, que daba vueltas en la cama, sin poder reconciliar el sueño con mi persona. Una pregunta resonaba aún en mis oídos, una frase aparecía escrita, nítidamente, en el negro grisáceo con puntos erráticos de la oscuridad de mi cuarto: «¿Se alineará Gárate?». La prensa del día, en sombríos titulares, recordaba la duda del seleccionador. Un rápido vistazo atrás, a su lesión de tobillo sufrida en el partido con el Arenas de Guecho, replanteaba el grave problema que había tenido suspenso a la afición tiempo atrás.

Una jugada desafortunada —reviví con nítida claridad los textos jeremiáticos de los comentaristas. Me representé el rostro serio y grave de Ors en la pequeña pantalla. Revi las fotos con el queso de Gárate envuelto en escayola, llenando con su clarín de angustia las primeras planas de los diarios nacionales—, una jugada penosa, repito,



MIS INSOMNIOS

La alineación de Gárate

había lesionado los ligamentos, los tegumentos, los argumentos y los pigmentos del pie excelso del delantero alcoyanista y había sido causa de su baja en el equipo que venía cumpliendo en su campo del Molinón y en los ajenos de la Cruz Blanca, el Porrero, Sánchez Sanjuán, etcétera, una campaña victoriosa de aquí te espero...

¿Cómo podía dormir tranquilamente, como un cerdo ahito en su pocilga de recién cambiada paja,

con aquella duda atormentadora atormentándome (por eso, no gratuitamente, la califico de atormentadora) el cerebro? Sería menester carecer de sensibilidad, ser un trozo de piedra para aorillar aquel dolor colectivo, la angustia comunitaria y el grito desgarrador de toda una afición puesta en pie y que a aquella misma hora velaba su amarga vigilia preguntándose, mocosa y llorosamente: «¿Jugará Gárate en Atocha? ¿Volverá a formar con Juncosa, Gabilondo, Canito y Antón aquella delantera que tanta gloria dio al Alcoyano?».

La del alba sería cuando los traperos tocaron su trompa, tan soñolientos, tan jorobados de verse tan temprano levantados. Me incorporé en la cama, ya sin sueño, despejado por fuera, pero con íntima alegría: me sentía solidario de unos millones de hermanos míos que, en la soledad de sus alcobas, o sólo acompañados por la incompreensión de sus cónyuges, habían pasado la noche en vela preguntando: «¿Y Gárate...?».

